

flexiones hácia la calle de Corpus-Cristi: Rossi lo vió al instante, y exclamó para sí.

—¡Pronto verémos quién triunfa!

Y siguió el mismo rumbo, sin que D. Antonio notase su proximidad, ni el cuidado con que marchaba para no ser oído.

CAPITULO XI.

El ama y la criada.

A la hora misma en que Cárlos salia de su casa dejando á su anciano padre entregado al mas profundo pesar, salia tambien de otra que se encontraba á muy larga distancia de aquel sitio un hombre que llevaba vendado el brazo derecho con un pañuelo blanco.

Este hombre era Fernando que, desentendiéndose de los cariñosos ruegos de su esposa, se dirijia á la casa en que hacia dos años pasaba las principales horas de la noche.

Luisa, al ver partir á su esposo, se sentó abatida sobre el sofá que adornaba la pieza en que tuvo lugar la desagradable escena de la carta. La conducta de su éonyuge,

era cada dia mas inexplicable, y muy particularmente en aquel instante en que, mas que nunca, se hacia indispensable su compañía por los desórdenes á que habia estado entregado el populacho.

Luisa habia disculpado hasta entonces á su esposo; pero no pudo tener la misma indiferencia en aquellos críticos momentos en que todos temian, y nadie abandonaba sin una necesidad apremiante, que no existia en Fernando, los objetos mas caros del corazon.

Como es natural en casos semejantes, la imaginacion de Luisa se detuvo á hacer comparaciones entre el amor verdadero, vehemente, apasionado y tierno de Miguel, y el frio, severo, callado y ceremonioso de Fernando. Pensó en la felicidad sin término que hubiera disfrutado al lado de aquel hombre que no tenia mas pensamiento que el suyo, y en la soledad y abandono en que la dejaba aquel á quien, por obediencia filial, se habia unido, y exhaló un suspiro que indicaba lo poco ventajosas que eran aquellas comparaciones para el segundo.

La memoria de Miguel la recordaba los juramentos mas apasionados, aquellas promesas de amor eterno que hacen los verdaderos amantes cuando se halla el alma en la plenitud de toda su pasion; la presentaba á la vista aquel mundo ideal de campos floríferos, de lagos fantásticos, en que se desliza la vida, mecida por auras balsámicas, y llevada en alas del ángel invisible de la felicidad; le realizaba los sueños miríficos, sublimes, risueños, maravillosos que finge la fecunda imaginacion del enamorado. en un eden de quiméricos matices, cercado de poéticas grutas, de sonoras cascadas, de bosques odoríferos, donde el pesar no tiene principio, donde la ventura no encuentra fin. Se olvidaba de que tambien Fernando, antes de que en lazo indisoluble se uniera, le habia pintado con sublimes colores, el dulce porvenir que le esperaba. Tampoco tenia presente los multiplicados ejemplos de otras lindas amigas suyas que, antes de ser esposas, soñaron, como ella, arrulladas por las lisonjeras palabras de sus amantes, con un oasis de imperecedera

ventura, para ver despues desvanecerse, casi de repente, los vivos matices de tanta ilusion fingida; para vivir despues en un mundo de transiciones, de peripecias, donde alternan el llanto con la risa, los placeres con las penas, la dicha con el pesar: en un mundo despojado de la deslumbrante poesia con que lo engalana la creadora imaginacion del que ama por primera vez; en un desierto, en fin, donde los goces son instantáneos, donde el pesar dura tanto como la vida.

Por esto sin duda ha dicho un autor frances, que *el matrimonio es la tumba del amor*.

No estoy conforme con este parecer.

Si el amor es el frenesí, el delirio, el olvido de todos los objetos, para solo pensar en uno: el sueño constante de la felicidad, la continua ansiedad de poseer un objeto que divinizamos y cuyos defectos revestimos de gracias y de perfecciones: si el amor es el desprendimiento de todo criterio; ese ver las cosas, no como son en realidad, si no como queremos que sean; si el amor es fingir una ilusion de contornos divinos que satisface todas las exigencias de una alma

privada de la facultad analítica que es la sublime prerogativa con que Dios dotó á la criatura, entonces, sí, convengo en que el matrimonio es su tumba. Pero si el amor hemos de entender por esa pasion dulce y tierna, siempre igual, siempre consecuente, nunca exagerada; si el amor consiste en esa íntima amistad nunca exigente, siempre servicial; en ese amalgama de intereses y de pensamientos; en esa tranquilidad de espíritu del que posee el bien mayor que codiciaba en la tierra; en ese placer de compartir las penas que nos aquejan y los placeres que nos halagan, con una persona que toma parte activa en todo lo que nos pertenece; que se identifica con nosotros; que nos consuela y nos acompaña como el ángel de nuestra guarda, entonces el matrimonio es la fuente de todo bien y de todo amor; el puerto donde despues de las borrascas que han combatido al corazon, encuentra la paz y la calma en los brazos del sér que le acompaña hasta el último instante de la vida; que recoge su último suspiro; que le prodiga el último cuidado.

Para mí tengo que el matrimonio, lejos de ser la tumba del amor, es el rico manantial de donde nacen todos los amores lícitos, puros, inefables: el amor de padre, el más desinteresado y dulce de todos los afectos; el amor á la sociedad, el amor á la patria, como herencia que tiene que legar á sus hijos; el amor al trabajo, para atender á la educacion de éstos, el amor al orden social. El matrimonio, lejos de ser la tumba del amor, es la vida del mundo; pues por él existe la sociedad; es la sávia fecundante que enlaza al género humano con lazos de verdadero amor; la base en que descansa todo principio de orden; el amor por excelencia.

Y no se me diga que hay matrimonios que presentan el contraste marcado de la pintura que acabo de bosquejar. Yo hablo en tésis general, y ninguna fuerza tienen las excepciones que se puedan presentar para combatir una verdad innegable, puesto que las excepciones, en buena lógica, son las que vienen á robustecer la regla general.

En tanto que la esposa de Fernando per-

manecía ábismada en sus tristes pensamientos, Juana, su fiel criada, la única confidente en otro tiempo de sus pasados amores estaba asomada á la ventana, como buscando en la calle algun objeto que no encontraba.

Ambas permanecían en el más profundo silencio: la una, ensimismada con sus dominantes ideas, y entretenida la otra en descubrir algo que con indecible afán anhelaba.

Luisa continuaba inmóvil, con la mirada fija en un punto, triste; pero con esa agradable melancolía que siente el alma cuando se alimenta con sus pasados recuerdos de ventura.

De repente otro recuerdo terrible, reciente, la hizo estremecer, dando á su angelical fisonomía ese tinte vago que imprime el temor: hacia cuatro dias que Miguel no se habia dejado ver en el arco del acueducto, y cuatro tambien que las enigmáticas palabras de su esposa la dieron á entender que habia sucumbido á los golpes de su espada.

Este aterrador pensamiento la sobrecojió de tal manera, que no pudo reprimir un

grito de terror, que sobresaltó á la criada que estaba en la ventana.

—¿Qué tiene vd., señorita?—dijo Juana corriendo adonde estaba su ama—¿está vd. mala?

—No—contestó Luisa ocultando dos lágrimas—ha sido un pinchazo que me he dado con el alfiler.

—¿Para qué esa reserva conmigo, señorita? ¿Por ventura no he sido yo siempre la depositaria de sus secretos?

—Tienes razon, Juana. ¿Para qué ocultarte lo que pasa en mi corazon? Tú conoces la pureza de mis sentimientos y que soy incapaz de faltar á mis deberes.

—Esa advertencia debia vd. haberse ahorrado conmigo que no puedo dudar de su virtud.

—Pues bien, Juana; tú sabes que habia un hombre que sin mi beneplácito, sin que recibiera la mas ligera muestra de cariño, venia todas las noches á situarse en el arco del acueducto frontero á esa ventana.

—Lo sé, señorita.

—Tú sabes que á ese hombre le amé cuando

do pude amarle sin faltar á mis deberes, como nadie es capaz de amar, con delirio, con frenesí, con toda el alma. ¡Cuántas veces fuiste tú testigo de nuestras lisonjeras pláticas en que nos prometiamos un porvenir de interminable ventura! ¡Cuántas veces escuchaste sus palabras tan respetuosas como llenas de amor, en que me juraba eterna fidelidad, y á las cuales contestaban mis lábios prometiendo lo mismo que él me prometia! Pero yo le engaé: yo falté á mis juramentos: yo desgarré su corazon, y le hice desgraciado para siempre.

Y abundantes lágrimas corrieron por el celestial semblante de la afligida Luisa.

—Usted no; fué la voluntad de vuestro padre, á quien no podia vd. desobedecer en el momento solemne de su muerte.

—No trates de disculpar mi perjurio, Juana: las promesas que se hacen á un amante, deben ser sagradas. Alimentar su amor, decirle que vivimos por él y para él; hacerle soñar con un bien que es su suprema dicha, su mundo, su existencia; hacerle consentir en la posesion del sér que adora; y cuando

cree alcanzar su mano, cuando juzga realizada su esperanza, cuando piensa que ha llegado al término de su viaje, decirle te he engañado; mis palabras de amor, mis juramentos de fidelidad eran mentira; voy á ser de otro para siempre. . . . esto, Juana, es matar las ilusiones que alimentan el alma; atraer con falaces engaños á la víctima para asesinarla villanamente; desencantar su corazón; hacerle aborrecible el mundo, donde arrastra la vida como una pesada carga que le agobia hasta bajar á la tumba!

Y Luisa se quedó agobiada como un pecador arrepentido bajo el peso de sus culpas.

—Vamos, señorita; no se entregue vd. de esa manera al dolor. Su padre de vd. quiso pagar los favores que debía al de Fernando, haciendo á vd. esposa de éste, y como hija obediente. . . .

—Fuí indigna amante,—contestó Luisa atajando á Juana.—Por obedecer á un padre, desobedecí á mi conciencia: por no desobedecer á un moribundo, he sido tal vez la causa de la muerte de Miguel! . . .

—¿Cómo?

—¿No te dije las palabras que pronunció mi esposo en la Acordada cuando vino herido.

—Sí.

—¿Y no te dije también que aquellas palabras habían despertado en mi alma funestas sospechas?

—Sin duda.

—Hace cuatro días de esto.

—Es verdad.

—¿Y hace cuatro noches también que el arco del acueducto está desierto!

—¿Dios mío! . . . —dijo Juana con ansiedad—¿sospecha vd.?

—¿Ah! . . . —Pronunció Luisa con esa mezcla de horror y de pesar que dan á la voz un acento extraño.—Todo me hace creer que Miguel sucumbió en el combate bajo la espada de Fernando!

—¿Eso sería terrible!

—¿Y quién si no yo, yo que le engañé, yo que encendí en él esa pasión que fomenté después, es responsable de su muerte?

Y Luisa se cubrió el rostro con ambas manos, espantada con aquella idea.

—Mucho temo que se realice esa creencia. La calma de mi amo, sus atenciones con vd., su afán porque no se toque el asunto de la carta, y la ausencia de....

Juana se detuvo sin atreverse á pronunciar el nombre de Miguel.

—¿Es verdad que mis temores son fundados?—Repuso Luisa con la mayor ansiedad.—¿Es verdad que tú recelas lo mismo que yo?

—Yo abrigo una esperanza.

—¡Esperanza! ¡esperanza! — exclamó la jóven esposa con amargura.—¡La esperanza no es mas que una ilusión que halaga un instante para hacer mas cruel el desenganó!....

—Pero....

—No, Juana; mi présago corazón me anuncia una desgracia... ¡Miguel ha muerto!

Y ambas exhalaron un suspiro; inclinaron la cabeza sobre el pecho, y quedaron en el mas profundo silencio.

Los ojos de Luisa se veian bañados de lágrimas, tributo consagrado á la memoria del hombre que nunca pensó en otra mujer

sino en ella; en ella que le habia dejado por otro; en ella que le habia hecho consentir en un mundo de dichas inefables, de bienes sin guarismo, para arrojarle á una sima de tormentos, de penas y de amarguras.

Al ver aquella mujer abismada en sus tristes pensamientos, pálida con ese leve tinte que imprime la profunda melancolía, bañado su angélico semblante por la suave luz de un quinqué velado por una elegante pantalla de gasa de variados colores; apoyada su hechicera cabeza sobre su turgente seno; envuelta en un ropaje blanco de transparente linon; caidos sus torneados brazos sobre la graciosa falda en que descansaban sus pequeñas manos entrelazadas, la hubiera creído un poeta el ángel de la resignación ó de la esperanza.

Sin duda hubiera permanecido por mucho tiempo en aquel estado de abatimiento, á no haberles venido á sacar de él los gritos de algunos hombres que se aproximaban por S. Hipólito.

—¿Has oído, Juana?—dijo asustada Luisa.—No sé por qué se ha marchado Fer-

nando en una noche como esta, en que anda suelto el populacho.

—No tenga vd. cuidado: esa gente respetará la casa del que ha combatido con ellos.

—¡Mueran los *gachupines!*

Se oyó entonces ya muy cerca de la casa una voz que fué secundada por otras de varios hombres armados que pasaban por la calle.

—¡Yo estoy temblando!

Repuso la jóven esposa.

—Ya los pasos suenan muy cerca.

—Apaga la luz para que no adviertan que hay gente.

—Corriente—contestó Juana torciendo el tornillo del quinqué hasta apagarlo—ahora, guardemos silencio.

Y ama y criada se aproximaron una á otra tan temerosas, que parecia que solo formaban un solo cuerpo.

Entre tanto los que venian gritando se acercaron tanto á la ventana, que Luisa y Juana oyeron distintamente lo que en la calle se hablaba.

—¿Quién será aquel *zopilote* (1).

Dijo uno de voz aguardientosa que indicaba por su acento, que la lengua andaba á tropezones en la boca.

—¿Quién?—contestó otro, despidiendo un eruto rebosado en pulque (2).—¿Aquel que está de centinela debajo del arco?

—El *mesmo*.

—¡Toma! algun enamorado.

Luisa y Juana se estrecharon la mano por un sentimiento de alegría y esperanza, al oír que se encontraba un hombre debajo del arco del acueducto.

—¿Quiere vd. que vea si es él?

Preguntó Juana, mas bien con el aliento que con palabras.

—No—dijo Luisa en voz muy baja—espera á que esos hombres se vayan.

—¿Pero será Miguel?

—¡Dios lo quiera! Pero oigamos á esos hombres.

(1) Zopilote es un pájaro de México, especie de grajo muy grande, negro, y mayor que el cuervo, que se alimenta de inmundicias y de animales muertos.

(2) Vino del color de la leche, escado del maguey, planta semejante á la que en España conocemos por pita.

—Oigamos.

—Pues la hora—repuso uno de los interlocutores de la calle—no es la mas á propósito.

—Para enamorado—agregó otro—está muy escondido. ¿No será algun *chaqueta* que se ha salvado de la matanza?

—Al menos es por ese *chisgo* (1).

—O algun espía de los gachupines.

—Voy á desengañarme.

Dijo el de la voz aguardientosa, levantando el ala de su ancho sombrero y desembozándose la sábana en que iba envuelto.

—Pero ¿cómo?

Le preguntaron sus compañeros.

—Dándole un *plomazo*.

Y cuando estó dijo, ya un tiro habia salido de su fusil.

Luisa y Juana lanzaron un ¡ay! espantoso, y se precipitaron á la ventana.

En aquel mismo momento un hombre se detenia muy cerca de la casa, y observaba todo, sin que nadie hubiese notado su llegada.

(1) Semejante, parecido.

El bulto de un cuerpo humano, envuelto en una capa, se deslizó como un fantasma por los arcos del acueducto.

Luisa reconoció á Miguel, y dejó escapar una exclamacion de alegría.

El hombre en quien nadie habia reparado, recogió aquella exclamacion, y reconoció tambien, lo mismo que Luisa, al personaje de la capa.

—Se ha escapado el pajarraco.—Dijo el que habia disparado.—Y es que veo muchas lucesitas.

—Pues le seguiré.

—¡Qué le has de seguir, si te desamparan las piernas!

—Y es verdad que me *desmamparan*, pero no es por miedo, sino por los *efectos* del pulque.

El hombre que todo lo habia observado, se acercó al grupo, y dijo con tono imperioso.

—A sus casas, señores, que ya es hora de recogerse.

Aquellos hombres reconocieron al que les hablaba, y contestaron con respeto.

—Ya nos vamos, señor amo.

Y luego, al irse, gritaron con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Viva nuestro jefe D. Fernando! ¡Mue-
ran los gachupines!

—¡Mi esposo!

Exclamó Luisa que, ocupada en seguir con la vista á Miguel que iba ya desapareciendo entre las sombras, no habia fijado la atencion en Fernando.

Este entró en su casa pronunciando entre dientes el nombre de Miguel y jurando venganza, aunque resuelto á no manifestarse celoso ni iracundo con su esposa.

CAPITULO XII.

Temores de una separacion.

Al terminar la calle del *Puente de Alvarado*, está la linda plazuela de *Buenavista*, punto el mas printoresco de la ciudad, donde se ven elegantes casas de sencilla arquitectura, rodeadas de bellisimos jardines, escondidas entre el espeso ramaje de los árboles, y bañadas por las saludables brisas de San Cosme, poético vergel que se extiende á los piés de la suntuosa poblacion como una alfombra de fragantes flores á las plantas de una bellissima sultana.

Desde uno de los miradores mas elevados de estas casas, se descubre á la vista el brillante panorama que presenta el inmenso valle de México; de allí se descubre el